

JOSE MARIA GURRIA URGELL

ANTOLOGIA
DEL
RECUERDO

3.51

INACULTA, DGB

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

VILLAHERMOSA

1976

AM

JOSE MARIA GURRIA URGEL

A N T O L O G I A
D E L
R E C U E R D O

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

PRIMERA EDICION VILLAHERMOSA 1976

F7

928.61

687

G87

N.7. 134460

I N D I C E

Romance de los Panoramas	5
Romance de un Viaje	9
Romance de la Agüela Juana	23
Yo, Colegial de Leyes y Poeta	28
Romance de Tacha	29
Romance de la Selva	31
Romance de la Inundación	35
Romance de Pancho Pérez	40
Romance de Chivos	45
Romance de la Visión	47
En la Noche Romántica y Blonda	50
Llegado el Momento...	51

Romance de los Panoramas

Panoramas del Santuario
que mi amor supo guardar.
¡Quién los pudiera enhebrar
plasmando lo imaginario,
como cuentas de rosario
en el hilo de un cantar!

Casa de treinta pilares,
señoriales corredores,
extensos patios solares,
goteras regando flores
y Cruz que ahuyenta pesares
con sus brazos protectores.

A oración llama la esquila.
Acaba el diario afanar;
la gente acude a rezar
arrodillándose en fila.
Dos velas en el altar
y en medio el Señor de Tila.

Dominando casa y llano,
signo terreno y divino,
eleva su airón un guano
que señala al peregrino
el final de su camino
y el cielo azul y lejano.

Caserío de ilusión
carga una loma en la espalda
y baja en luz de esmeralda
a un arroyo juguetero
que riza alegre festón
en la orilla de su falda.

Monte ondulando se tiende
en el oro del paisaje.
Trueca su verde en celaje
cuando la tarde descende,
por ver si una estrella prende
como broche de su traje.

¡Cumbre de las agonías!
¡Al son de palas retumbas!
¡Hogar que te me derrumbas;
ruedan las lágrimas mías
y vuelan Aves-Marías
por encima de tus tumbas!

Un río que el sol agota
al bosque sus linfas trae
y en reflejar se distrae
tupida fronda remota;
fruto maduro que cae
deja sonando una nota.

Niña que no se recata
busca en el baño su abasto;
el río límpido y casto
sus tiernos pechos retrata;
saca del agua un canasto;
¡prisión de muerte y de plata!

Sobre un remanso dormido
pintado de luna llena
un bejuco de asido
el oro tiene una melena.
¡El agua tendrá escondido
el cuerpo de la Sirena!

¡Caporal caracolero
que suene tu caracol;
no vaya a salir el sol
y se apague ese lucero
que los que muelen pozol
le llaman “El Pozolero”!

Panoramas del Santuario
que mi amor supo guardar.
¡Quién los pudiera enhebrar
plasmando lo imaginario,
como cuentas de rosario
en el hilo de un cantar!

Romance de un Viaje

I

La canoa se desliza
río abajo en el Camoapa,
a sus costados rizando
largas virutas de plata,

de cacao del Santuario
en dos tercios va cargada;
bajo el toldo de hoja nueva
el aire se perfumaba.

El patrón en la paneta,
José de Jesús se llama,
con el pie mueve el timón
a cada torno que alcanza.

Lo viste a ratos de azul
el humo de la fogata
que sirviendo de cocina
crepita junto a su planta.

Melesio Pérez le ayuda
en proa con su palanca
y tres bogas más dormitan
tendidos sobre las planchas.

Don Isidoro Gurría
con sus familiares viaja;
alta frente reflexiva,
cejas brunas y pobladas;
la barba cortada en punta
el noble rostro afilaba.
¡Quién se viera protegido
por su tranquila mirada!

Bajan a San Juan Bautista,
la Ciudad alegre y clara
que estudia, trabaja y sueña,
a la orilla del Grijalva.

II

La Linda Camoapaneca,
esculpida en un macayo,
se desprendió en la alborada
de la vega del Santuario.

Virando sobre sí misma,
las palancas ayudaron,
a favor de la corriente
cogió rumbo de Tabasco.

Y penetró en la neblina
de vapores condensados
que el río forjó en la noche
para sentirse arropado.

Los rayos del sol embaten
contra el espeso nublado;
lo van rompiendo en girones
que se pierden en el vano.

Cuando a la media fajina
el cauce al fin despejaron
desembocaba “Miguel”
sus caudales entregando.

Revuelo de tutupanas
y de pericos pintados,
chejes de peto amarillo
y copete colorado.

Atraviesa la canoa
en medio de dos poblados,
la finca de “Las Mercedes”
frente al rancho de Don Marcos.

Los guatopes y cheleles
sombra y fruto le brindaron;
hinchaba las verdes vainas
la dulce nieve del grano.

Luego el sitio de los Pinto
donde vive Don Crisanto,
el de barbas de patriarca
y lenguaje gongoriano.

III

Y allá van río y canoa
serpenteando por la selva;
son las aguas más profundas,
más oscuras y más lentas.

En lugar de camalotes,
jimbales en la ribera;
torvos y negros barrancos
en vez de playas risueñas.

Un bajo desborda el río
y el bosque cercano anega;
raíces desenterradas,
visión de cosas siniestras.

¡Cómo ha de evocar la luna
que alumbre sus aguas muertas,
los fantasmas pavorosos
de alguna fauna pretérita!

En alivio del paisaje
de San Cándido, la hacienda;
toda el alma se distiende
sobre la verde pradera.

Y el río sigue su curso
entre la tarde violeta
que pone a tono sus oros
con una vaga tristeza.

Palazón en verde y sepia
en el río se atraviesa,
dos árboles se han caído
colocados en trinchera.

Las aguas que se rebalsan
al borde de la barrera,
acrecientan el obstáculo
con multitud de impurezas.

Entran en juego los bogas,
dos horas de dura brega;
los machetes que repican
y las hachas que se quejan.

Se puebla el aire de astillas;
una rama que se quiebra;
las aguas se precipitan
y acaban de abrir la brecha.

Entra en ella la canoa
y aun camina cuatro leguas;
al final de su jornada
al que la noche llega.

¡Casa de don Anatolio,
la impresión que me recuerdas!
Al encenderse tus luces
se encendieron las estrellas.

IV

Cuando revienta en las nubes
el capullo de otro día,
ha tiempo que por verdores
río y canoa derivan.

A calmar su sed se acercan
las veredas retorcidas;
en los Pasos, las mujeres
lavan naguas y camisas.

El rancho de Bruno Hernández,
de don Onofre la finca;
la canoa se dirige,
sobre algo que bulle y brilla.

Los raudales del Rompido
donde el agua se encabrita
y el Camoapa abandonado
sigue su senda sombría.

Aparece el Mezcalapa:
el aire es luz y alegría;
inmenso cielo se tiende
sobre un mundo de agua viva.

Remolinos en las ondas
formando espuma amarilla;
en grandiosos horizontes
las blancas playas tendidas.

Arman los remos de tiro;
en las horquetas rechinan,
se hunden a un sólo compás
entre las aguas rojizas.

El empuje de los remos
provoca la sacudida
y la canoa galopa
sobre la llanura líquida.

Huimanguillo deja verse
asentado en la otra arilla.
Palmas verdes lo enpenachan
y Julia Urgell de Gurría,
mira su tierra natal
con el alma conmovida.
¡Entre sus ojos azules
vive la flor de otra vida!

¡Quién reclinara su frente
en su mano blanca y tibia!
¡Quién gozara la inefable
suavidad de su caricia!

El caracol en la tarde
desgrana sus armonías;
a los tejados del pueblo
llegaban las golondrinas.

V

Descanso entre los parientes;
la canoa sigue el viaje,
y a la luz del sol se adentra
en el fondo del paisaje.

No en valde a tan vasto río
llama la gente Río Grande
y fuera un mar si sus aguas
el puro cielo copiasen.

Llegando a Manga de Clavo
en dos caudales se parte:
el Carrizal y el Grijalva,
los dos brazos del gigante.

Y por el último río
prosigue el remar constante;
ya es de tarde; ni una choza
donde poder cobijarse.

Las arenas de una playa
es cuanto ofrece el paraje;
allí se enciende una hoguera
para espantar los caimanes.

Se improvisa el campamento
y nadie mira alejarse,
un niño que va cautivo
de prodigioso miraje.

¡Qué cerca se encuentra el cielo;
en la misma playa nace;
su puerta de nubes de oro
hasta parece llamarle!

Corre el niño fascinado
y no duda que lo alcance;
ignora que huye el azul
de aquél que quiera tocarle.

Mas ya notaron su falta.
Hilaria corre a buscarle
y ni lágrimas ni fuerza
para libertarle valen.

El niño ya está dormido,
llega a besarlo su madre
y él sueña que entró en el cielo
y conversó con los ángeles.

VI

La linda Camoapaneca,
rinde postrera jornada,
a sus costados rizando
largas virutas de plata.

El paisaje uniformado,
ranchos, haciendas y playas;
pasaron a medio día
Tamulté de las Barrancas.

Y otra vez el caracol
sus tristes notas desgrana;
al Paso del Maculís
la canoa se acercaba.

Ya están en San Juan Bautista,
la Ciudad alegre y clara
que estudia, trabaja y sueña
a la orilla del Grijalva.

Romance de la Agüela Juana

Como una roja trencilla
va el camino por el suelo,
tejiéndose con los hilos
de veredas y senderos.

La agüela Juana camina
con bordón de limonero;
bajo su chontal asoma
el jolocín de su pelo.

La redecilla en el hombro
con puscaguas de sustento,
machete mocho en el cinto
como cuchillo montero.

Curvada la pobre espalda
por un invisible peso,
va cargando el mecapal
sus años y sufrimientos.

Descansa la agüela Juana
pasando el último cerro
y da suelta en el paisaje
al magín imaginero.

¿Quién bate jabón de coco
en agua azul, a lo lejos
y lanza copos de espuma
a los caprichos del viento?

¿Quién con el zumo del guá
del sol, pinta los cabellos
y embadurna con achiote
las cortinas de su lecho?

¿Quién conduce ese rebaño
de nubes como corderos
y las deja ramonear
por los azules potreros?

¿Quién al ámbar de la tarde
da ese amarillo de fuego
y comienza a iluminar
las flores de los luceros?

Llega la vieja al Santuario;
se le recibe sonriendo,
¡Vaya con la agüela Juana,
de no verla, cuánto tiempo!

La llevan a la cocina
a que tome su alimento
y los niños la rodean
con semblantes satisfechos.

Y luego junto al quinqué
y en su butaque de cuero
con sus cuentos va poblando
las cabecitas de sueños.

Red Nacional de Bibliotecas Públicas

Corcel de siete colores,
caballito milagrero;
príncipe que un alfiler
convirtió en lindo jilguero.

La que halló un moco de gallo
donde otra encontró un lucero,
la varita de virtud
y el valor de Juan sin Miedo.

Ya se va la agüela Juana,
dejó a la mitad un cuento;
tal vez se le haya olvidado
o enredado en el recuerdo.

Tal vez ella lo hizo adrede
porque ansiaran su regreso;
mas para oír el final
habrá que subir al cielo.

Ya se fue la agüela Juana
subiendo y bajando cerros
por la finca de los Lara
y de don Chema Romero.

Y a sus espaldas cargadas
con años y sufrimientos,
se deshilaba el camino
en veredas y senderos.

YO, COLEGIAL DE LEYES
Y POETA

Yo, colegial de leyes y poeta
burla de algunos; pero envidia de otros
rondé por mi terruño a una coqueta
presumiendo trajeado de vaqueta
de buen ranchero y domador de potros.

Y rondé en la ciudad a una coqueta.
Yo, buen ranchero, domador de potros.
presumiendo catrín en la banqueta
de colegial de leyes y poeta,
burla de algunos; pero envidia de otros.

Las dos me dieron de su miel secreta
mas a quererme las forzaron otros
lazos de los que usé; que la coqueta
del campo amaba al colegial poeta
y la catrina al domador de potros.

Romance de Tacha

De Tacha la santuareña
ni una palabre diré;
que otros hablen de sus ojos,
de sus labios, de su tez
y de su carne morena
que tan generosa fue.

Digan lenguas sus que-veres
con Tránsito y con José,
con Serapio, con Remigio,
con Melesio y con Merced,
con Germán, con Heliodoro
y con Crecencio Curiel.

Pinten otros los lugares
donde la vieron caer:
barrancos rojos del río,
yermos lechos de yanté,
sombras de las taratanas,
arenas color de miel.

Otros precisen las horas
en que otorgaba su bien:
si al rubor de la mañana,
o al bochorno de las tres;
si por las tardes dóradas
o a flor del anochecer.

Digan otros que al reclamo
de hombre, de viejo o doncel.
se tendía generosa;
daba y tomaba placer.
¡Que el calor de sus amores
a nadie dejó con sed!

Otros la nombren matrona
de recia y fecunda grey.
Si recogió la simiente
le dió unidad en su ser
y en las etapas del tiempo
la fue regando después.

¡De Tacha la santuareña
ni una palabra diré! . . .

ROMANCE DE LA SELVA

VENGO a ofrecerles mis ojos
y con mis ojos la selva:
saben de angustia y terror,
saben de lluvia y de niebla,
saben hurgar en el fondo
del misterio y la tiniebla.

Porque la Selva no es bosque
de árboles de única cepa
que mayo enjoya de brotes,
junio de sabia morena,
octubre de oro cansado
y de nieve Nochebuena.

Hija rebelde del Sol,
le quiebra rayos y flechas
y es el día, en su prisión
de follajes y de hiedras,
como un crepúsculo verde
dentro de dos noches negras.

Vista de lo alto y al viento,
parece mar en procela;
grandes pájaros absurdos
pringan sus ondas de gemas
rubis, topacios, zafiros,
en plumas de ónice o perla.

Pero abajo, entre su sombra,
se muere en lucha sin tregua,
Instrumento de la Vida
es la Muerte por esencia,
pues con ella cobra el pan
y el sabor de la existencia.

No por fijo, el vegetal,
puede escapar de la brega
de raíces con raíces,
de cortezas con cortezas,
de ramajes con ramajes,
de malezas con malezas.

Lianas voraces de jugos
hacen del árbol su presa,
mientras sus grandes orquideas
en la penumbra suspensas,
rizan sus lenguas de luz
en curva rara y perversa.

Corta la hormiga las hojas
que se llevan sus arrieras;
javalíes en manadas,
sucias pezuñas y cerdas,
al tun-tun de su tambor
comen lodo con la yerba,

Sin respetarse en la especie,
entre sí luchan las fieras:
La zarpa contra zarpa,
las crestas contra las crestas,
colmillos contra colmillos,
las testas contra las testas.

Jaguares contra jaguares,
panteras contra panteras,
las pumas contra las pumas,
culebras contra culebras.
Los machos contra los machos,
las hembras contra las hembras.

Es inmóvil y camina
ensanchando su arboleda.

Las garras de su raigambre
avanzan jucas de yemas,
en tanto que su simiente
preña y conquista la tierra.

¡Guay del campo labrantío
y del rancho o de la hacienda
que no la sienta llegar
o desconozca su fuerza
y con hachas y machetes
no le salga en su defensa!

Los huracanes resiste
valiente, sólida, terca;
y apagar logra las llamas
si en sus entrañas secretas,
el relámpago le clava
el zig-zag de su saeta.

Como no gusta del cielo,
forja sus propias estrellas.
En sus morcosos pantanos
de aguas podridas y espesas
hace brotar flores-lunas
todas albura y pureza.

Flores-lunas que se agostan
de tanta gracia y belleza;
a pesar de los caimanes;
los caimanes centinelas
que no mueren de su muerte
según dicen las consejas.

A veces dioses que fueron,
inmutables en su piedra,
entre guijarros de templos
yerguen feroces cabezas

en un silencio mayor
que sus pasadas grandezas.

De rama en rama, los monos
sobre las copas enhiestas
elevan al astro rey
en el alba y en la puesta
roncos cantos que modulan
los oboes de su orquesta.

Cuando las grises lechuzas
en la alta noche despiertas,
lanzan su largo siseo
y acallan voces dispersas
para ponerse a pensar
en cosas vivas y muertas.

Los duendes y los fantasmas
abandonan sus cavernas;
de los huecos de los troncos
surgen ánimas en pena,
que lleva el Dueño del Monte
empuñando las cadenas.

Grito que rasga la noche
pide socorro y clemencia.
El que se pierde en la fronda
nunca vuelve a sus viviendas
sino en cuentos de agoreros,
abusiones y leyendas.

Pronto, volvedme mis ojos,
corro a internarme en la niebla;
ya sé de quién es el grito,
mi amor me busca en la Selva
y he de arrancarlo del fondo
del misterio y la tiniebla.

Romance de la Inundación

Ha llovido siete días,
siete noches ha llovido;
son torrentes los arroyos.
son arroyos los caminos;
arrastrando grandes troncos
a lo lejos brama el río.

El tumulto de sus aguas
desbordó sobre el barranco,
avanzó sobre el amate,
el piñón y el alambrado
y conquistó los potreros
con imponente espectáculo.

En la otra linde El Zanjón
y más allá, El Arroyito,
derramaron, y sus aguas
unieron con las del río.
¡La casona del Santuario
es un islote perdido!

Los jobos y los castaños,
medio tronco sumergido,
fingen árboles enanos;
y en celeste y verde nilo
parecen nadar las copas
de cocoítes floridos.

Los pájaros pescadores
de los popales acuden.
Garzas morenas volando,
descienden al agua y suben.
¡La lluvia teje su manto
con lanzaderas azules!

El amo está preocupado
por aminorar la pérdida,
mandó que en los corredores
el cacao se tendiera;
inútil, que sólo el Sol
da su rojo a las almendras.

¡Y si fuera todo el daño! . . .
Pero ahogados los potreros,
el hambre asuela el ganado
y se mueren los becerros.
En las cumbres de las lomas
pasan las noches mugiendo.

Destrozados los plantíos,
promesas verdes de ayer:
El Rosario de la Playa,
Candelaria y San José,
y San Pedro, San Pedrito,
y Santa Cruz y Miguel.

La torna-milpa abatida,
cedros próceres tumbados;
el platanar de La Quinta
arrancado fue de cuajo
y es una bolsa con frutos
y floripondios morados.

Para los niños en cambio
el desastre es una fiesta.
Si el agua sigue subiendo
cada momento comprueban,
y de cumplirles deseos
en las tejas estuviera.

Fabrica Osvaldo una balsa
con los jopis del chiquero,
sin sospechar que construye
el trampolín más perfecto.
Chema lo supo en el agua
empapado hasta los huesos.

Osvaldo corre a esconderse
y Chema es el castigado;
no le castigan el hecho
sino el susto que ha llevado.
Ya está vestido de limpio;
pero sollozando a ratos.

Con sus filtros el paisaje,
el alma le va ganando
y ve mares, sugeridos
por lecturas o relatos.
De hombre los ha recorrido;
no igualan a los soñados.

Y se suceden los días:
auroras grises y largas.
Canta la voz de la lluvia
su monótona balada
con un tono que no sube,
ni desciende, ni se apaga.

Una tristeza infinita
seres y cosas embarga
y llueve sobre las lomas
y llueve sobre las aguas
y se dijera que llueve
en lo más hondo del alma.

Romance de Pancho Pérez

Pancho Pérez, caporal
de sesenta y dos machetes
por senderos del Santuario
conduce toda su gente.
Luchan la sombra y la luz;
los astros desaparecen.
Sólo un lucero se queda
para ver cómo amanece.

Suben y bajan las lomas
que los arroyos separan.
la sombra del naranjal
encuentran por la llanada;
gime la puerta de golpe
ante cada hombre que pasa
y los rayos de sol lloran
entre las húmedas ramas.

Y cruzan el pajonal
y el Huaco, de aguas pintadas,
porque al correr transparente
los colores de sus lajas.

Alcanzan a Santa Cruz
la de toronjas doradas,
y pisaron del pimiento
la sombra que proyectaba.

Un escándalo de peas
su propio nombre gritando,
los recibió en el plantío
de nobles frutos cargado.
Mentían las chachalacas;
“¡No hay cacao! ¡No hay cacao!”
y las mazorcas reían
en verde, rojo y morado.

Luz filtrada en el follaje,
cae en gotas amarillas
y con la piel de un jaguar
el negro suelo tapiza.
En los Bajos de Miguel
formó la gente una fila,
para que brote en un mes
la esmeralda de una milpa.

Pronto comienza la roza;
¡el monte se está quejando!
arcos de muerte describen
aceros como relámpagos.
Y toda yerba que prende
con su garra el garabato,
cortada vuela hacia atrás
al fuerte impulso del brazo.

El vaivén de los machetes
la respiración ritmaba.
Animales asustados
huyen hacia la montaña.
El calor siempre creciendo
hombres y campos abraza,
sólo los torsos refrescan
las camisetas sudadas.

Marca el sol el medio día.
La labor queda en suspenso.
Los hombres van al arroyo;
buscan descanso y sustento.

Se tumban bajo los árboles,
-fatiga, calor y sueño-.
Cuando el trabajo reanudan
los machetes son más lentos.

Un grito en "O" modulado
lanza el caporal al viento;
dejan todos la tarea
a la señal de regreso
y desandan el camino,
suben y bajan contentos,
avistan La Casa Grande,
el lugar de que partieron.

Pasa lista Trinidad,
le contestan de presente
y para tomar el trago
las callosas manos tienden.
-Buenas tardes dé Dios, mi amo
y se retira la gente.
En el vano hay lucero
que mira cómo anochece,

Pancho Pérez, caporal,
Inés espera en tu cuarto,
afana cena y amores,
se le hace el tiempo muy largo.
Goza tu pobre placer,
bien te lo tienes ganado.
¡La jarana de Ventura,
llora bajo del mulato!

Aquellos que me han oído
y desdeñen mi relato,
sepan que rimo recuerdos
de dulces tiempos pasados.
Que canto un día de vida,
un día más de trabajo,
en el lar de los Gurría
que se llamaba El Santuario.

ROMANCE DE CHIVOS

POR qué se llamaban Chivos.
sin atención a su sexo.
Es algo que nunca supe
y si supe, no me acuerdo;
quizás por aquel refrán:
"Salta un chivo; cinco pesos."

Tal vez porque se ponían
entre ellas mismas los cuernos;
tal vez por andar de prisa
y con los ojos inquietos;
o tal vez por ramonear
en palos de todo huerto.

Aquella Negra Evarista,
hecha con lana y con ébano;
que sólo tuvo pureza
en las líneas de su cuerpo
y la alegre Guayabita
hecha de seda y de cedro.

Rompecatre y Pajarito
la' del rostro picaresco;
aquella Plátano Macho
acompañada de perro
y aquella que algo tenía,
calificado de fierro.

Otros chivos en rosales
tenían su abrevadero
y todos las señalaban
entre risas y desprecios
cuando a la calle salían
temblando siempre de miedo.

Virgen de la Soledad,
con vela en el candelero,
alumbraba de sus vidas
el pavoroso desierto
que no tuvo una frescura
ni la sombra de un afecto.

Y las matronas honestas
erguidas en el respeto;
y la doncella impoluta
que no mancha ni un deseo;
ignoraban que a los chivos,
debían mucho de su mérito.

Como en toda casa limpia
es preciso un basurero,
en la ciudad existía
el lugar acre y secreto
para arrojar la inmundancia
de las almas y los cuerpos.

Y eran las míseras chivos
que se prestaban a ello,
que del sucio ser humano
se encargaban del aseo;
para que otras disfrutaran
del honor y del respeto.

Y a través de hospital,
pasaban al cementerio;
ya era la Negra Evarista,
hecha de lana y de ébano;
o la alegre Guayabita
hecha de seda y de cedro.

ROMANCE DE LA VISION

EL tambor de Huichilobos
hecho con pieles humanas,
lanza su fúnebre son,
con tumbo de ola y resaca,
en los reales de Tacuba,
Cuyuacán e Ixtapalapa.

En Tacuba, acorralado,
Pedro de Alvarado ataca;
Gonzalo de Sandoval,
en Ixtapalapa, rabia
y en Cuyuacán, ya de noche
Hernando Cortés batalla.

A las tres capitanías,
fue funesta la jornada.
Perdieron cien españoles,
un bergantín de la armada
y seis mil hombres de guerra
de Cempoal y de Tlaxcala.

Y se baten en los reales,
pues perdieron las calzadas.
En las filas enemigas,
danzan cabezas barbadas,
pálidas como la cera
y vidriosa la mirada.

Y con ellas, a Cortés,
por amendrarlo, engañan.
-¡De Sandoval, es aquesta.
Mira su fiera quijada!
-Ve la testa de Alvarado,
con barba riza y dorada!-

En los altares de Cú,
resplandecen las fogatas.
Caracoles y atabales,
de rato en rato, proclaman
que un hispano pecho abrió
el cuchillo de Obsidiana.

¡Quizá el de Pedro Florián.
o el de Rodrigo Bandada;
el de Olea, que a Cortés,
dos ocasiones salvara;
el de Cristóbal Guzmán
o el de Alonso Santa Clara.

Cristóbal de Olid al mando,
Hernando Cortés descansa;
la malinche le tributa
la lealtad de una mirada
y él, sin pensarlo, sus ojos
en los fieles ojos clava.

Y ve en las prietas pupilas,
como en vívida pantalla,
coronando la ciudad,
el Cú mayor que destaca
su pirámide de piedra
en la laguna de plata.

En el fondo del recinto,
oficiando están los papas.
Abre los pechos velludos;
rebuscan en las entrañas
y a su negro dios ofrecen
los corazones de grana.

Pero el Cu desaparece
y en el lugar donde estaba
surge noble catedral.

con sus cúpulas romanas,
alzando al cielo dos torres
como brazos en plegaria.

Y derredor de la iglesia;
se van secando las aguas,
las acequias se hacen calles
los jacales se hacen casas
y las gentes no son indias;
mas tampoco son hispanas.

Tienen la tez de Marina
si bien, un tanto, más pálidas;
tienen sus mismas pupilas,
si bien, un tanto, más claras;
tienen la misma pasión;
pero un tanto más romántica.

De Cortés, la inteligencia,
si bien, un tanto, más diáfana;
del mismo, el ánimo fuerte;
aunque un tanto más hidalga;
del mismo, la voluntad;
pero un poco más humana.

Era el México futuro,
la fortaleza en la gracia;
lo mejor del español
con lo mejor del Anáhuac.
y era, la roja tragedia,
sólo el parto de otra raza.

El tambor de Huichilobos,
hecho de pieles humanas,
enmudeció. Nuevo Sol,
fundió verde, sangre y nácar
en los reales de Tacuba,
Cyuacacán e Ixtapalapa.

EN LA NOCHE ROMANTICA
Y BLONDA

EN LA noche romántica y blanca
es un ibis de nieve la luna,
pez de plata en la verde laguna
y llovizna de luz en la fronda.!

Todo el tiempo que en onda tras onda
trova el río con cítara bruna
a los duendes canciones de cuna
y a las hadas canciones de ronda.

De repente la lumbre lunera
echa en él con su rubio tesoro
un penacho imperial de palmera;

flor de sombra que vive el azoro
de una estrella de mar prisionera
en las aguas de un piélago de oro.

LLEGADO EL MOMENTO . . .

LLEGADO el momento de la despedida,
a bordo en mi nave, las velas tendidas,
ni embarco rencores, ni sangran heridas.

La senda del tiempo seguí como todos
gané mi sustento de diversos modos,
siguiendo la recta, salvando recodos.

Mi pecho fué nido de torvas pasiones,
mas para su vuelo faltaron ciclones,
y al soplo de brisas, se hicieron canciones.

Borrando amarguras con miel de colmenas,
Quebrando una argolla rompí mis cadenas,
Y con una dicha, millares de penas.

Si es malo que falte, también es que sobre,
y traté lo mismo al rico y al pobre,
porque ambos son ligas de plata y de cobre.

Y aún gozo del cielo deshecho en colores,
de mares y nubes, de versos y flores,
y aliento en el alma, saudades de amores.

Y pienso en la puerta de mi caracol,
mirando el oxiduo, remoto arrebol,
que alante es aurora la puesta del sol.

Escucho en la noche cantares de cuna,
y sigo y recorro con rara fortuna
el arco pontero que traza la luna.

No abrigo despecho, temor o reproche,
al ver que en la tarde comienza la noche,
morir es apenas el salto del broche.

Si duele y contrista caer en lo inerte,
también es consuelo pensar que por suerte,
al dejar la vida se deja la muerte.

Inmune la mente y al par sorprendida,
contempla el desastre, mi propia caída,
cual si yo no fuese quien pierde la vida.

Este Libro, ANTOLOGIA DEL RECUERDO,
en su Primera Edición patrocinada por
el Gobierno del Estado de
Tabasco, se Imprimió
en los Talleres
Litográficos
-de-
GRAPHI centro*
en la ciudad de Villahermosa, Tab.,
Noviembre de 1976.

ict

SEP

**RED ESTADAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS DE TABASCO**



REB/018



Edición Del
GOBIERNO DEL ESTADO
DE TABASCO

Nr. 13446